

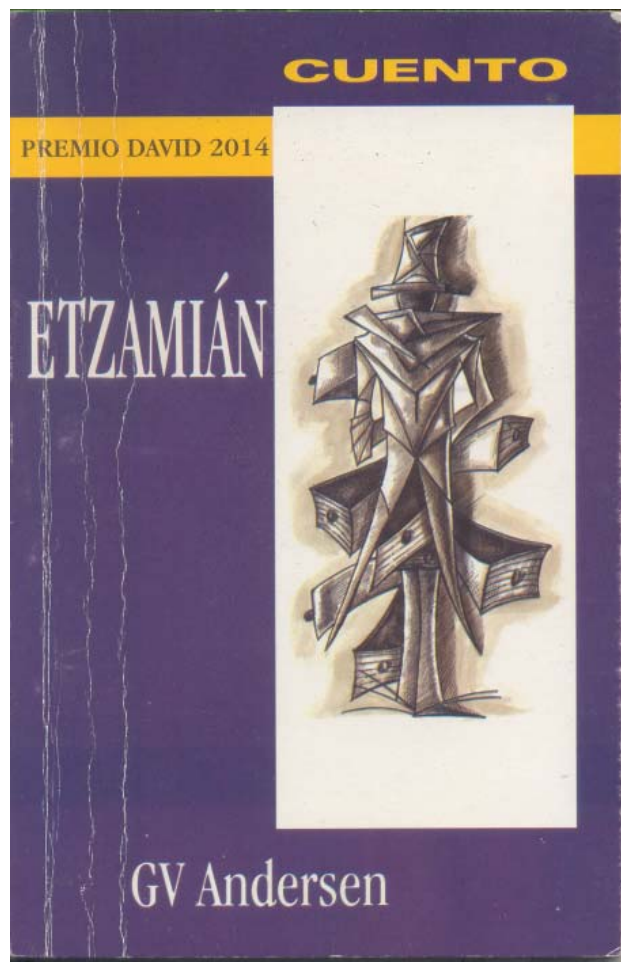
# A-Preciar Libros

—• Por Cira Romero •—



»GV Andersen. *Etzamián*. La Habana, Ediciones Unión, 2015, 123 pp.

Recién ha aparecido el premio David de cuentos otorgado en el 2014 a *Etzamián*, del pinareño GV Andersen, seudónimo con el que se identifica el autor, cuyo nombre real se puede encontrar sin mayores complicaciones gracias a internet: Andrés Raciél González Vázquez.



Así como deben leerse los créditos de una película o de cualquier programa de televisión, sería saludable, valga la comparación, hacer lo mismo con

un libro, para de ese modo enterarnos de quién lo editó, lo diagramó o diseñó la cubierta, mucho más cuando se trata de un concurso literario, sobre todo cuando se ensaya, de un tiempo a esta parte, la buena práctica de incluir los nombres de los jurados que premian, en este caso Raúl Aguiar, Emerio Medina y Laidi Fernández de Juan, cuentistas los tres.

*Etzamián* contiene seis cuentos: “Las cosas que nadie supo”, “Teoría del caos”, “Sífone”, “Después de la guerra”, “La cruz de Inés” y la noveleta “La mano de Etzamián”. Leerlos, sobre todo el último, pudiera ser una prueba de, en literatura, ir en reversa o a contracorriente, o sea, remontarnos a aquellos cuentos y novelas ingleses clásicos del siglo XIX, pues en cierto modo nos los recuerdan por las ambientaciones y los temas, lo cual ya, de por sí, convierte al libro en una *rara avis*, desde el punto de vista temático, de nuestro panorama narrativo, casi saturado de los peores costados de nuestro entorno. Como saben los buenos lectores, una vez que hemos leído un libro este se nos abre de otra manera, y entonces comienzan los trueques físicos y geográficos, las imaginaciones y hasta la capacidad creadora del lector, y en este sentido *Etzamián* es —y ahora recuerdo una palabra empleada por Onelio Jorge Cardoso cuando comentaba una obra recién leída— un libro “rotundo”, aunque a veces también decía “redondo”, ambos términos aplicables al que comento. Y agregó: distinto, por muchas razones, pero no me detengo en particularizar en cada uno, sino que prefiero ir a la totalidad del volumen.

En tanto obra con expresión propia, y eso ya es mucho decir, resulta un conjunto sorprendente por los temas tratados, en apariencia ajenos o distantes, y en cada uno cumple un plan escritural pulidamente delineado y recreado de modo diferente a lo que en la actualidad acostumbran hacer no pocos de nuestros narradores; y además se desmarca de aquella narrativa cubana que años atrás Jorge Fernet calificó como hija del desencanto, pues nos trae una propuesta extraña en todos los sentidos, o sea, textos escritos al filo oculto de la pluma y nacidos desde el centro mismo de lo que el ensayista y crítico

mexicano Víctor Barrera Enderle ha denominado “la ilustración literaria” para caracterizar la configuración de un nuevo tipo de escritor y, por consiguiente, un nuevo tipo de literatura o, lo que es lo mismo, una noción moderna de la literatura, definida por Raymond Williams como aquella que es el resultado de una especialización en la producción de conocimiento y de la redefinición de la estética y del arte en general, como los espacios donde confluyen la creación, la imaginación, la ficción, lo bello y lo sublime, con un repertorio de temas y de modos discursivos específicos cuyo soporte es el libro impreso; y pienso: este libro recién editado y con las virtudes antes apuntadas se titula *Etzamián*.

La mayor riqueza del volumen radica en dos elementos inseparablemente conjugados: imaginación para saber hilar historias y decirlas mediante un lenguaje elaborado con eficacia artística, capaz de transmitir el aliento particular de un escritor personalísimo que ha escrito páginas totalmente autónomas, vírgenes casi de sofocos externos. Porque este conjunto literario constituye un *corpus* que me atrevería a calificar de “puro”, sino fuera porque el término no estuviera asociado a mucha interpretación errónea. Por otra parte, *Etzamián* es fiel a una arquitectura entabada, hija de búsquedas y hallazgos líricos no obstante la diafanidad de su prosa elegante y cultivada, pero, a la vez, directa, sin subterfugios. La noveleta que cierra el volumen, “La mano de Etzamián”, posee el largo aliento de una novela, la voz de un novelista, y nos muestra una poética, algo difícil de alcanzar en un primer libro, pues autor, narrador, anécdota y personajes establecen un tejido de asociaciones y pensamientos libres, fusionados en ese algo inexplicable que se llama buena literatura.

Quien ame el goce proveniente de la lectura de buenos cuentos encontrará en estas páginas “un libro cautivante, muy bien cuidado, que no parece deberse a un principiante, sino a un narrador fuerte, experimentado y habilidoso”, según aval del jurado. Se comprende entonces por qué para GV Andersen significó mucho leer *Harry Potter*, pues desdeña las estructuras narrativas convencionales, de modo que este, su primer ejercicio literario en firme y en serio constituye una cuerda inicial tocada con iluminación y sano atrevimiento y se lee bajo los efectos de una especie de maravilloso encantamiento. A quien es abogado por estudios, albañil por razones entendibles y egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso le auguro una buena estrella literaria tras haberlo leído por vez primera, esa primera vez de casi todas las cosas que valen la pena.

»Mañach, Jorge. *Perfil de nuestras letras*. Recopilación e introducción de Carlos Espinosa Domínguez. Barcelona, Red Editorial S. L., 2015, 191 pp.

A más de cincuenta años de su muerte, ocurrida en San Juan, Puerto Rico, la obra de Jorge Mañach sumergida en las páginas de varios periódicos cubanos —*El País*, *Diario de la Marina*, *Acción*— todavía nos depara sorpresas. No pocos libros suyos fue-



ron originalmente trabajos para la prensa: *Glosario* (1924), *Estampas de San Cristóbal* (1926), *Pasado vigente* (1939), *Visitas españolas: lugares, personas* (1959), expresados en las más variadas manifestaciones del periodismo: crónicas, artículos, semblanzas, entrevistas... También fue Mañach intelectual de proyectos inconclusos, como en la introducción a esta obra hace notar Carlos Espinosa Domínguez, quien tuvo a su cargo la encomiástica labor de reunir los trabajos que integran este *Perfil*. Refiere dicho estudioso, investigador y profesor de la Universidad de Mississippi, que en cierta ocasión Mañach le comentó a Octavio R. Costa, su colega en el *Diario de la Marina*, los libros que tenía en preparación y citó: uno sobre la

personalidad de Martí, otro sobre el proceso de la conciencia cubana, sobre la teoría del estilo, sobre su propio pensamiento filosófico... y sobre la literatura cubana, que comenzó a materializar a través de artículos en las páginas del *Diario de la Marina*, el primero en febrero 16 de 1947, antecedido por “Un proyecto y sus quiebras” (febrero 9), y el último el 8 de agosto de 1956.

En su aludida introducción Espinosa Domínguez expresa que el hallazgo de estos artículos data del 2003, mientras preparaba una antología de los artículos sobre arte y literatura publicados por Gastón Baquero en dicho periódico entre 1945 y 1961. A la vez que realizaba este trabajo, fue anotando la periódica aparición de cada uno de estos *perfiles* de nuestra historia literaria y, pasado el tiempo, volvió sobre ellos sin mucho entusiasmo, pues pensó que el propósito de ellos no rebasaba lo divulgativo y didáctico, pero al leerlos con mayor detenimiento comprendió que no era así, de modo que decidió reunirlos y darlos a conocer.

Mañach, al explicar a sus lectores en el aludido “Un proyecto y sus quiebras”, el carácter de la serie que comenzaría, declaró que la dirección de dicho periódico le había pedido “algún tema continuo”, y se decidió por “hacer este experimento” —lamentablemente inconcluso, y con irregularidades temporales en las apariciones debido a no pocas contingencias personales y profesionales— de escribir “una pequeña historia de las letras cubanas o, por mejor decir, de mis personales reacciones ante el hecho histórico literario de nuestra tierra”. De modo que el columnista Jorge Mañach, sin tratar de resolver problemas docentes a estudiantes o académicos, pues no aportaría una historia “formal” de la literatura cubana, se empeñó en observar “con mirada propia” —en este modo radica el principal mérito de los cuarenta y nueve artículos publicados— ese proceso, iniciado con “Fondo y legado”, a modo, si se quiere, de presentación y justificación de las propuestas interpretativas que vendrían posteriormente, y donde fundamenta: “La cultura [...] es tradición y creación. Hasta en la obra nueva, producto de la individualidad humana en relación con su medio físico, social y espiritual, actúan las esencias acumuladas de la historia, aunque solo sea a veces por las reacciones que contra sí mismas provocan [...] Todo proceso particular arranca de un fondo histórico ajeno, del cual deriva hasta el impulso para llegar a ser cosa distinta. Expresión más íntima acaso de la cultura, las letras se desenvuelven en todas partes bajo el imperio de esta condición y de aquellos factores personales y ambientales”.

Otros dos capitulillos que considero introductorios, “La conquista y los factores humanos” y, sobre todo, “Esquema de la evolución cultural” nos informan de sus perspectivas de análisis y este último es de particular relevancia porque expone una especie de dibujo de nuestro propio avance en el terreno que lo ocupa y, además, muestra la periodización que adoptaría: “Conquista y fundación”, “La Factoría”, “La Colonia propiamente dicha (1780-1890)” y “La República”, cuyas primeras cuatro décadas acusan para él igual número de actitudes principales dignas de subrayar: a) “El estreno. Júbilo y angustia. El formalismo político-económico. La elocuencia. Realismo y Modernismo. b) Crisis de inconformidad. La acentuación criticista. La novela naturalista. El ensayo político social. c) La convulsión. El preludio de la ‘nueva sensibilidad’. Emergencia de la intención social; d) La resaca y sus perspectivas”. Al carácter procesual de los textos publicados se incorpora otro rasgo sobresaliente: sus interpretaciones de las obras y figuras estudiadas, bien alejadas de ideas repetidas y muestras de su soberanía de juicios interpretativos.

El método empleado en su empeño de historiar, trunco lamentablemente en el capitulillo “La poesía civil”, dedicado a la de José María Heredia, va de lo general a lo particular. Así, “El neoclasicismo” es asumido en tanto visión general de este movimiento, mientras que en apartes se analiza a Manuel de Zequeira, Manuel de Rubalcava, Manuel María Pérez y Ramírez; “Didáctica del país” trata sobre Tomás Romay y Arango y Parreño, mientras que en “La transición prerromántica” se detiene en Félix Varela con dieciséis acercamientos, entre ellos “El maestro Varela”, “Las ‘lecciones’ de Varela”, “Varela en *El Habanero*” y “Varela: impíos y creyentes”; y a seguidas Heredia con siete aproximaciones: sus raíces, su ser revolucionario y romántico, “El drama de Heredia”, donde alude a su malhadada carta a Miguel Tacón, tan censurada en su momento por sus amigos cubanos, y “El amor romántico”, zona especialmente relevante de su obra poética.

Como en todos sus libros, la prosa de Jorge Mañach emerge serena, cuidada, alejada del didacticismo, propósito que se empeña en evadir y cumple con acierto. Todos estos artículos brotan con “la perenne lucidez” que distinguió su obra, como apunta Espinosa Domínguez. Solo de *Espejo de paciencia* a Heredia cubre este *Perfil de nuestras letras*, pero sus páginas son suficientes para volver, una vez más y casi desde el encanto de lo inédito, a sus lecciones, devueltas gracias al esfuerzo, que nunca tiene fronteras, de Carlos Espinosa Domínguez.

»*Las litografías santiagueras del Departamento Oriental de la Isla de Cuba*. La Habana, Biblioteca Nacional de Cuba, Ediciones Contemporáneas, Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y Editorial Boloña de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, 2014, 86 pp.

La mano magnánima e interesada a favor de la cultura cubana tiene en Emilio Cueto (La Habana, 1944) un paradigma mayor. Quien asumiera como lema “Nada cubano me es ajeno”, lo ha demostrado a lo largo de los años, pues durante muchos este cubano —graduado de Bachiller en el Colegio de Belén, de Ciencias Políticas en la Catholic University, Washington D. C., y de Leyes en Columbia University, además de cursar estudios en otros prestigiosos centros norteamericanos y europeos— ha investigado y publicado sobre temas relacionados con la Cuba colonial, especialmente en los campos de la gráfica, la cartografía y la música. A él se deben, entre otros títulos, *Mialhe’s Colonial Cuba* (1994), *Cuba in Old Maps* (1999) *Illustrating Cuba’s Flora and Fauna* (2002), mientras que la Colección Raros y Valiosos de la Biblioteca Nacional José Martí, gracias a su mano generosa, además del ahora comentado —presentado en fecha reciente en la propia sede de esa institución—, ha dado a conocer *La Cuba pintoresca de Frederic Miahle* (2010), merecedor, ese año, del premio Catauro. Fuera de dicha colección, Cueto dio cuerpo a otro libro excepcional: *La Virgen de la Caridad del Cobre en el alma del pueblo cubano* (2014), distribuido personalmente por él a lo largo de todo el país.

Con prólogo de Olga Portuondo y notas de Aida Liliana Morales y Elda Cento Gómez, a las que se une el propio Cueto al informar en detalle sobre las aludidas litografías, la obra recoge diecinueve láminas distintas referidas al Departamento Oriental de Cuba, (de los años 1862 y 1863, aunque algunas carecen de fecha), que por entonces cubría, además de las zonas geográficas más al este de la isla, como la propia capital comarcal, El Cobre y Guantánamo, los territorios de Puerto Príncipe, Nuevitas, Gibara y Holguín, asentamientos hasta entonces nunca dibujados. Las láminas, que pudieron reunirse tras tres décadas de búsquedas fueron impresas en Santiago de Cuba y son de la autoría de los franceses Lamy y Collet, establecidos en esa ciudad debido a la solidez económica de la zona. Del total, quince fueron adquiridas por Cueto en la casa especializada Magg Brothers, de Londres, de la cual es cliente desde hace muchos años. La inspirada en Guantánamo se localizó en la Embajada de España en La Habana. La de Holguín estuvo inspirada en una fotografía, a diferencia de las restantes, que fueron dibujadas,

in situ, por Collet, en tanto que Lamy se encargó de la impresión de las piedras. Las dos restantes, hasta completar la aludida cifra de diecinueve, las obtuvo por diferentes vías.



La obra presenta una estructura mediante la cual, tras el prólogo, se abre un estudio del propio Cueto titulado al igual que el libro, que comprende “Santiago en el grabado”, “El grabado en Santiago” y “Las litografías de Lamy y Collet”. En cada uno realiza una profunda exposición que abarca, según lo indican los títulos respectivos, una explicación diacrónica y valorativa desde que en la capital oriental se instalaron los primeros especialistas en variadas modalidades de impresión hasta desembocar en aquellos que concibieron el proyecto, lamentablemente inconcluso, al parecer, de publicar un “Álbum pintoresco del Departamento Oriental”, plan que se conoce gracias a la prensa de aquellos años, que llegó a publicar el prospecto y el nombre de los abonados a recibir, cada mes, cuatro láminas, hasta completar treinta y dos en ocho entregas, más una que serviría como cubierta cuando estas piezas se encuadernaran, tal como se acostumbraba en la época, incluso, con publicaciones periódicas.

En las litografías adquiridas por Cueto, quien no pierde la esperanza de encontrar otras, los artistas favorecieron sitios urbanos y rurales: vistas de los cafetales de San Antonio y Santa María del Cusco, de los ingenios El Confluente, San Ildefonso y Montesano, del puente de Vargas, de la catedral de Santiago de Cuba, vistas parciales de esta propia ciudad y del Cobre, Gibara, Nuevitas, Puerto Príncipe y Holguín.

Sobre estos paisajes, si supuestamente fueron empastados, no ofrece noticia Carlos Miguel Trelles en su clásica *Bibliografía cubana del siglo XIX* (1911-1915), ni tampoco la brinda Emilio Bacardí en sus *Crónicas de Santiago de Cuba* (1908-1913; 1923-1925),

que, dado lo exhaustivo de su investigación, pudo indicar, al menos, alguna pesquisa, como nada figura en los fondos del museo que en Santiago de Cuba lleva el nombre de este último, su fundador, ni aparecen en los del Museo Nacional de Bellas Artes, ni en la Biblioteca Nacional de España, ni en otras importantes bibliotecas de Europa y Norteamérica. Nula fueron las búsquedas en archivos, así como en las oficinas de los registros de la propiedad intelectual. Por consiguiente, estas imágenes “pintorescas” suscitan inquietantes preguntas formuladas por el propio Cueto: “¿Qué ha pasado con estas vistas?”, pues las “únicas vistas y reproducidas por más de un siglo son las que había adquirido Conrado Massaguer —presentadas en su revista *Social* (1916-1933)— y fueron a parar a la Biblioteca Nacional”. Según da cuenta Cueto, las que él adquirió en la antes mencionada casa inglesa pertenecieron a la familia Knowles, de igual origen, descendientes del militar naval de ese apellido que en el siglo XVIII intentó apoderarse de Santiago de Cuba y, sin conseguirlo, se batió a la vista de La Habana con la escuadra española al mando del almirante Andrés Reggio, que lo derrotó no sin poco esfuerzo. Cueto sospecha que fueron adquiridas en Cuba en el siglo XIX por algún comerciante o diplomático radicado en aquella ciudad o por algún viajero, y pasaron a la mencionada familia por las conexiones que mantuvieron con el territorio pretendido por su ascendiente. Califica de “curioso” el hecho de que este juego incompleto estuviera en manos privadas inglesas y ninguno dentro de la isla, pero, con su habitual confianza y siempre a la expectativa, presiente que otros similares aparecerán en algún momento.

La casi segura no culminación del proyecto la atribuye Cueto a que no ha aparecido hasta ahora ninguna cubierta, tal como la prometieron ambos litógrafos al dar a conocer su empeño en la prensa, y, por otra parte, de haberse encuadrado la serie completa, era mucho mayor la posibilidad de su conservación. Por otra parte, las imágenes originales están litografiadas en blanco y negro, tienen una iluminación posterior en color azul pálido y crema y llevan un borde dorado, con un tamaño de 15.75 por 9 pulgadas y un ancho de papel de 10.75 por 13.7 pulgadas, dimensión mayor a la habitual utilizada, lo cual representa un esfuerzo asombroso para la época, amén de una excelencia no muy frecuente al manejar la piedra y el resto del proceso editorial,

sobre todo si se tiene en cuenta que se realizaron lejos de La Habana, centro por excelencia para este y otros tipos de trabajos similares.

El conjunto de las láminas ahora visibles por vez primera, en una edición de lujo donde se destaca el diseño debido a Luis Alfredo Gutiérrez Eiró, representa, también a juicio de Cueto, “el más completo y logrado esfuerzo de la litografía santiaguera —y de la litografía provincial cubana— en todo el siglo XIX”. Se trata de una visionaria y ambiciosa tentativa que, aún si no se hubiera terminado, dejó un importante *corpus* con imágenes nunca antes divulgadas en Cuba, por lo que tener acceso a estas será, sin dudas, un gran impacto en la historia de la plástica cubana, además de darnos a conocer Cuba a los propios cubanos, constituir un verdadero hito en el estudio del grabado en Santiago de Cuba y aumentar nuestro riquísimo e inagotable patrimonio común.

La muestra, al revelar ambientes urbanos y rurales, reflejos, estos últimos, de las principales actividades económicas de las áreas exhibidas, ricas, como se sabe, por los cultivos del café y del azúcar, revelan también los adelantos tecnológicos representados en el transporte por vía férrea, panoramas todos que informan acerca de la pujanza de las zonas privilegiadas por los artistas franceses. A diferencia de otros conocidos artífices plásticos, como Víctor Patricio de Landaluze, Lamy y Collet no emplearon escenas costumbristas como ejes protagónicos de sus dibujos.

Las valoraciones estéticas y la ubicación histórica de cada grabado, debidas a Aida Liliana Morales y Elda Cento Gómez, respectivamente, contribuyen de modo notable a enriquecer este empeño mayor, que nos pone en contacto, por vez primera, con estas litografías que Cueto, al reunir las hermosa y dadivosamente en un volumen, ha dedicado al pueblo de Santiago de Cuba al cumplirse medio milenio de su fundación. Es, dice, “nuestro regalo de cumpleaños a la Heroica, Rebelde y Hospitalaria”.

La cultura cubana siempre estará en deuda con este cubano ejemplar que cruza la distancia entre Washington y La Habana no pocas veces al año trayendo siempre entre sus manos no las baratijas ni la ostentación, sino una idea, un deseo, un proyecto que, al final, culmina en obras como esta, que servirá, entre otras muchas propuestas que encierra, para estudiar la ya larga historia de nuestro grabado y situarlo desde nuevas perspectivas.

